

NUESTRA AMÉRICA Y LA OTRA AMÉRICA

MARCELA TERRAZAS BASANTE

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas
-y mi honda es la de David.¹

José Martí, dice Fernández Retamar, consiguió discernir tempranamente el carácter específico y singular de la América hispana, distinguiéndola de España en particular y de Europa en general. Empero, fue su estancia en Estados Unidos la que permitió al prócer definir el contrapunto de aquella concepción americana y diseñar la nueva imagen de Nuestra América.²

Martí vivió en Estados Unidos entre 1881 y 1895; su experiencia en esa nación marcó indeleblemente su vida y produjo frutos riquísimos, entre otros *Madre América y Nuestra América*, ambas nacidas a raíz de la residencia del patricio en la Unión Americana y de sus observaciones sobre el congreso de Washington en el otoño de 1889.³

Pero, ¿cuál fue la "otra América" que José Martí conoció?, ¿qué vio en las entrañas de la "América Europea", como la llamó, que hizo al cubano pulsar la profunda diferencia entre Angloamérica e Hispanoamérica y puntualizar con finura el perfil de esta Nuestra América?

El libertador vivió en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX, justamente cuando esta nación, poseedora de un extraordinario desarrollo industrializador, llegaba al llamado "fin de la frontera". Era el término de un proceso excepcional de expansión territorial y repoblamiento que condujo a la estrecha franja costera atlántica recién independizada de la metrópoli inglesa a surcar horizontalmente el continente y lograr la anhelada transcontinentalidad.⁴ Aquella marcha hacia el oeste, guiada por una profunda convicción en su *Destino Manifiesto* y alentada por la seguridad secularizada de la doctrina Monroe, demarcó la política de la joven república desde 1789 hasta 1890. Esta política se fincó en la certeza de que el hemisferio americano era el asiento

incontestable del poder de la Unión Americana⁵ y en la idea de que el principal objetivo de todas las relaciones exteriores estadounidenses, cercanas o distantes, debía tender a la protección y el avance de la civilización americana, a la expansión de la fórmula perfecta de gobierno encarnada en las instituciones democráticas republicanas y federalistas en el continente.⁶

Desde la fundación del primer asentamiento anglosajón en Jamestown, en 1607, hasta 1897, Estados Unidos concentró sus designios expansivos en el continente americano. Si bien es cierto que sus barcos mercantes navegaron por todos los mares en busca de prometedores mercados y pingües ganancias, y oficiales como el comodoro Mathew Perry abrieron las puertas de lejanos mercados⁷ (Japón, 1854) y buscaron la anexión de islas distantes (Samoa en esos mismos años), o que políticos sagaces como William H. Seward, secretario de Estado norteamericano entre 1861 y 1869, imaginaron la anexión de Manchuria, el siglo que va del establecimiento del Estado nación norteamericano (1789) al "fin de la frontera" (1890) fue una centuria en que Estados Unidos concentró sus miradas en el hemisferio. El desarrollo de una economía básicamente agraria primero (1789-1865) e industrial después (1877-1890) no requirió de más.

Pero hacia la última década del siglo XIX, este proceso se había agotado y pronto los norteamericanos conocerían las calamidades de una depresión (1893); los signos de esta crisis se hicieron visibles en el campo y en la ciudad y a ellos respondieron los trabajadores urbanos y rurales. Los granjeros, golpeados por los bajos precios de los productos agrícolas, los altísimos costos del transporte ferroviario y las hipotecas que pendían amenazantes sobre sus propiedades, organizaron el movimiento populista y, más tarde, el partido del mismo nombre.⁸ Las masas obreras, acrecentadas con las migraciones recientes de europeos meridionales y judíos que llegaron a Norteamérica perseguidos por el hambre, las epidemias o los movimientos antisemíticos, formaron agrupaciones laborales, se sumaron al partido socialista encabezado por De León o fundaron grupos anarquistas que expresaron su inconformidad en numerosísimas y significativas huelgas -como la de los trabajadores ferroviarios de la compañía Pullman, a la que se unió la American Railroad Union con Eugene Debs en 1894, o la huelga de los trabajadores acereros de Carnegie en Homestead, Penn., o la de los mineros de Coer d'Alene, Idaho, en 1892, en la que se aliaron obreros y agricultores y dieron muestras de la extraordinaria combatividad del movimiento conjunto de trabajadores agrícolas e industriales.

Tal como Henry George escribiera en su obra *Progress and Poverty* en 1879:

La presente centuria ha estado marcada por un crecimiento prodigioso en la producción de riqueza... Era natural esperar y así se esperó que la pobreza real se convirtiera en cosa del pasado, [pero] para las masas de nuestro pueblo no es más fácil sobrevivir ahora. Por el contrario, se ha vuelto más duro.

En este contexto se enmarca la lucha de los eternos deudores, que buscaron un breve alivio en la acuñación de la plata pues, según sus previsiones, ello provocaría el aumento del circulante, levantaría la actividad económica, mejoraría los precios agrícolas, reanimaría la industria y, en fin, traería la prosperidad de nuevo a Norteamérica.

Pero la crisis económica y el fin de la frontera que coincidieron justamente en los años noventa no pudieron ser vistas por la elite de los grandes capitanes de empresa y los políticos norteamericanos como la crisis del sistema capitalista; los concibieron -de acuerdo con su tradición expansiva- como crisis de espacio del sistema.⁹ Así, pues, "...más que involucrar ajustes internos, la crisis impuso el grandísimo correctivo del corrimiento de la frontera norteamericana hacia el mundo".¹⁰ Estados Unidos debía volver al camino de la prosperidad por la vía del imperialismo, habría de dar el viraje contundente hacia la república imperial en lo externo y sancionar en lo interior el camino del monopolio.¹¹ Además esta solución tenía la enorme ventaja de dar salida al creciente descontento y la efervescencia social del fin de la centuria, además de terminar por liquidar las inquietudes de los "extremistas", "agitadores" e "incendiarios" anarquistas, socialistas o simplemente populistas.¹² Así lo entendieron prominentes ideólogos y políticos como el almirante Alfred T. Mahan,¹³ el pastor Josiah Strong,¹⁴ el senador Beveridge,¹⁵ el mismo Teddy Roosevelt¹⁶ y tantos otros que, apoyados en el darwinismo social, basados en una teología y una ciencia al servicio del imperio, reivindicaron para Estados Unidos el título divino y natural de pueblo predestinado.¹⁷ Con estas convicciones y con el ánimo hegemónico muy en alto, Estados Unidos se dispuso a incursionar en la aventura imperialista al morir el siglo XIX.¹⁸

Ésta fue la otra América que José Martí advirtió. De ahí sus llamados de alerta a los pueblos hispanoamericanos a los que pidió cerrar filas ante la amenaza imperial:

...¡los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes,¹⁹

dijo el cubano y añadió:

Pero en el amasijo de los pueblos se condensan en la cercanía de otros pueblos diversos caracteres peculiares y activos de ideas y de hábitos de ensanche y adquisición, de vanidad y avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara precederas e inferiores.²⁰

Martí distinguió el ímpetu voraz de la América europea y supo ver sus verdaderos proyectos en los mercados hispanoamericanos, cuando los delegados del continente eran solícitamente galanteados por el panamericanismo del "astuto" Cleveland en el congreso de Washington,

...que no es para decidir sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendor de las ciudades y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue [a los delegados] la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro sin ser del todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo.²¹

El prócer de Cuba vio diáfananamente que aquella reunión obedecía a los intereses de industriales necesitados de consumidores y a los apetitos de las compañías de buques interesadas en la apertura del canal de Panamá.²² Por eso alertó a los pueblos de la América mestiza:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigencia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.²³

No en balde la obra *Nuestra América* nació de aquel convite, donde Martí invitó a los pueblos hispanoamericanos a declarar su segunda independencia.²⁴ El de Cuba puso sobre aviso acerca de la peligrosa tendencia a tratar de reproducir el modelo liberal norteamericano.²⁵ "Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria",²⁶ dijo, y advirtió a aquellos jóvenes que salen a "adivinar el mundo" con "antiparras yankees o francesas y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen".²⁷ Observador agudo, señaló la incongruencia de nuestros países con aquellas instituciones heredadas de más de cuatro siglos de prácticas²⁸ y demandó la formación de modelos políticos propios, puesto que aquellos tan admirados tienen sus propias lacras.

Conocedor profundo de la realidad norteamericana, supo avistar el peligro que esta república imperial representaba para Hispanoamérica y luchó con la pluma y con las armas para que esto no sucediera. Testimonio postrero son las cartas a su amigo mexicano Manuel Mercado desde el Campamento Dos Ríos, en su natal Cuba, a donde había ido a luchar por la independencia.

...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.²⁹

El conocimiento penetrante de Angloamérica llevó al cubano a advertir a la América española sobre los designios imperiales norteamericanos, a lanzar sus llamados de unidad; el entendimiento de la otra América le permitió definir con finura la esencia de la Nuestra.

1 José Martí a Manuel Mercado, "Carta de despedida", Campamento Dos Ríos, Cuba, mayo 18, 1895, en José Martí, *Política de Nuestra América*, pról. Roberto Fernández Retamar, México, Siglo XXI, 1977, 326 p. (Colección América Nuestra, 3).

2 Véase el prólogo de Fernández Retamar en *Ibid.*

3 Martí escribió sus notas sobre el congreso de Washington en la ciudad de Nueva York. Éstas fueron publicadas en el diario argentino *La Nación*, entre noviembre de 1889 y junio de 1890.

4 Cfr. Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, 3ª ed., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, 114 p. (Serie Historia General, 13)

5 El testamento político de George Washington (septiembre de 1796) señaló la conveniencia de que Estados Unidos sostuviera una política de neutralidad frente a los conflictos europeos. La Unión Americana sólo debía establecer alianzas temporales y nunca permanentes, lo que le permitiría mantenerse al margen de las pugnas de Europa y, con esta política aislacionista, los norteamericanos podrían desarrollar su economía en forma independiente y alentar su comercio exterior. Cfr. Willy Paul Adams, *Los Estados Unidos de América*, 4a. ed., México, Siglo XXI, 1980 (Colección Historia Universal Siglo XXI, 30), p. 55.

6 Charles A. y Mary Beard, *The Beard's New Basic History of the United States*, 3a. ed., Garden City, New York, Doubleday Company, 1968, 572 p., mapas, ils., p. 319.

7 El comodoro Mathew C. Perry arrancó del gobierno japonés el tratado de Kanagawa, por el que se establecieron las relaciones comerciales y diplomáticas entre Estados Unidos y el imperio nipón.

8 El Partido Populista se fundó en Omaha en 1892.

9 José Luis Orozco, *El testimonio político norteamericano. 1890-1980*, 2 vols., prólogo, selección, traducción y notas..., México, SEP/UNAM, 1982, vol. I, p. 62.

10 *Ibid.*

11 *Ibid.*

12 Beard, *op. cit.*, p. 320.

13 Mahan escribió *The Influence of Seapower upon History. 1660-1783* y *The Influence of Seapower upon the French Revolution. 1793-1812*. Consideró la absoluta necesidad de ocupar puntos claves para la seguridad nacional en vastas áreas marítimas y pensó en el Mar Caribe como el *Mare Nostrum* de Estados Unidos. El Caribe aseguraría la hegemonía norteamericana en el hemisferio y consolidaría la unidad estadounidense mediante el libre acceso al canal interoceánico; la cuenca del Pacífico constituiría, según este esquema, un espacio de seguridad e interés nacional estadounidense. Mahan señaló también con claro lenguaje spenceriano que las naciones debían luchar por su sobrevivencia y, a menos que Estados Unidos fuera poderoso en esa lucha, perecerían.

14 Strong advirtió en su obra *Our Contry* sobre el peligro de que Estados Unidos se volviera socialista y, creyente convencido del *Destino Manifiesto*, aseguró que la raza anglosajona había sido elegida por Dios para civilizar al mundo y que su mayor responsabilidad era realizar esta cruzada. En Beard, *op. cit.*, p. 319-320.

15 Jeremiah Beveridge (1862-1927) consideró el militarismo como un nacionalismo aglutinador del Norte y el Sur, de agricultores y banqueros, de trabajadores y empresarios. Al igual que tantos otros, aseveró que Estados Unidos era el pueblo escogido por Dios como portador último de la Carga del Hombre blanco y que tal apostolado implicaba derechos sobre Canadá y México. En Orozco, *op. cit.*, p. 65-66.

16 Sobre los teóricos y "prácticos" del imperialismo, véase Orozco, *op. cit.*

17 *Ibid.*, p. 62.

18 No es casual que, hacia 1890, Estados Unidos, antes cauteloso y aún tímido en sus pretensiones sobre el mercado chino, interviniera de manera abierta en la expedición de las potencias -Inglaterra, Francia, Alemania, China y Rusia- para reprimir la Rebelión de los Boxers, y lograran establecer esa política de "condominio comercial", conocida como *open doors*.

19 Martí, *Nuestra América...*, p. 5.

20 *Ibid.*, pp. 13-14.

21 Martí al director del diario argentino *La Nación*, Nueva York, septiembre 28, 1889, en José Martí, *Política...*, p. 145.

22 Martí al director de *La Nación*, Nueva York, noviembre 2, 1889, en *Ibid.*, pp. 157-158.

23 *Ibid.*

24 *Ibid.*

25 "A adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yankees o francesas y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen", Martí, *Nuestra...*, p. 8.

26 *Ibid.*, p. 8.

27 *Ibid.*

28 *Ibid.*, p. 7.

29 Martí a Manuel Mercado, Carta de despedida, Campamento Dos Ríos, mayo 18, 1895, en Martí, *Política...*, p. 322.

JOSÉ MARTÍ A CIEN AÑOS DE NUESTRA AMÉRICA

Leopoldo Zea • Mario Magallón Anaya
Liliana Weinberg • Ricardo Melgar Bao
Horacio Cerutti Guldberg • Adalberto Santana
Ignacio Ortiz • Pedro Pablo Rodríguez
Alejandro González Acosta • Tatiana Coll
Marcela Terrazas Basante • María Teresa Bosque Lastra
Cintio Vitier • Gustavo Escobar Valenzuela

Coordinadores
Jesús Serna Moreno
Ma. Teresa Bosque Lastra



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1993